

Desde los años setenta se reconoce que los museos deben involucrar a la comunidad y se propugna su misión de hacer conciencia de la necesidad de comprensión entre los grupos humanos y de éstos con el entorno en sus acepciones física, biológica y psicosocial. Súmese la agudización de la problemática ambiental, reconocida en diferentes foros, a la cual es imposible darle la espalda porque pone en peligro la vida actual y, sobre todo, futura del planeta.

Cabe preguntarse si los museos de historia natural pueden continuar con la visión que han trabajado o si se impone un cambio que, sin perder de vista la historia de la formación y desarrollo del universo, del planeta y de la vida, no aborde las cuestiones ambientales con el clásico enfoque conservacionista, sino mediante la participación en el análisis y las propuestas de soluciones. Así se reafirmaría la función social del museo más allá de su tradición cultural, ya que actuaría como agente de cambio y contribuiría a la formación de valores y actitudes que refuercen su labor educativa, pero con enfoques novedosos de la pedagogía y la museología.

¿Se enfrentan de esta manera las posiciones culturalista y ambientalista? ¿Acaso la cultura no forma parte del medio ambiente en su significado más amplio y contemporáneo? Los que defienden que el museo es un instrumento para la transmisión de la cultura olvidan los significados de uno de los términos más polisémicos de cualquier lengua; se concentran en la historia y el arte, y dejan de lado las dimensiones antropológica, procesual y simbólica.

En el caso de un museo de historia natural, ¿la cultura se limita a narrar la historia

Historia de la naturaleza y crisis medioambiental

Yudith Lamothe Crespo*

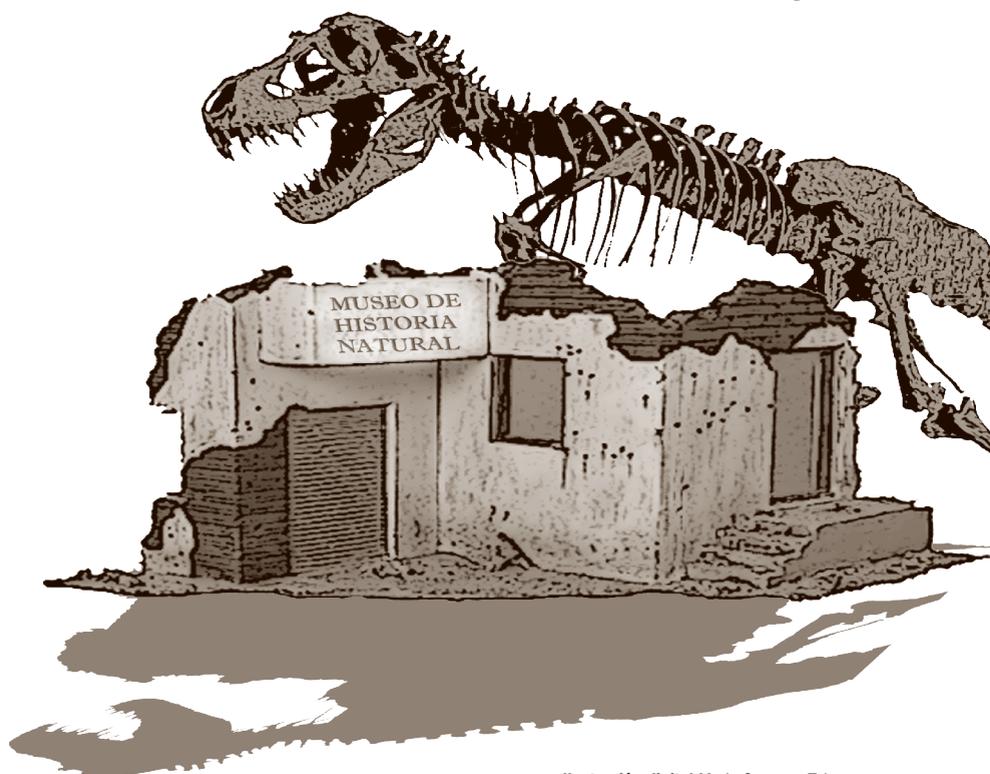


Ilustración digital Mario Carrasco Teja

del planeta y de la vida? ¿Puede conformarse con este enfoque cuando una de sus características es propiciar la integración entre el hombre y el mundo? Contribuir, descubrir e intervenir son acciones que requieren la guía de especialistas para forjar conductas coherentes y asertivas.

TRADICIÓN Y CONTEMPORANEIDAD

Contar la historia del universo, del planeta y de la vida ha sido la tradición de estos museos, desde su surgimiento como tales hasta fechas recientes, cuando las nuevas tecnologías de información y comunicación hicieron posible la difusión audiovisual de los procesos naturales por otras vías. En muchas ocasiones hoy se ve mucho mejor este proceso en un documental educativo que en un museo, y esto hace que la comunicación con el público sea un constante desafío, sujeto a cambios en el lenguaje, la forma, los soportes y la integración de los componentes museológicos.

El cine en particular brinda visiones dinámicas y contextualizadas sobre estos temas. Las películas de ficción acaparan el interés del público al abordar cuestiones de astronomía

o a los tan atractivos dinosaurios y otras especies extintas, ya sea por su rareza, tamaño o peligrosidad, habida cuenta de la atracción humana por el riesgo y lo desconocido. Ejemplos hay muchos, que son el elemento de partida para analizar el significado actual de los museos de historia natural. Acaso por su desarrollo histórico, se ha estereotipado al público que los visita como gente a la búsqueda de cosas raras o de animales prehistóricos o de otras latitudes. Eso está bien, pero ¿es la única posibilidad? El museo establece puentes entre pasado y presente, y nada más presente en relación con el hombre y su mundo que los problemas ambientales, en ocasiones críticos, que confronta a diario.

Dentro de las actividades propias de un museo, la educación ambiental puede y debe tener su espacio como vía de aprendizaje no formal. En nuestras complejas sociedades contemporáneas los diversos modos de enseñanza se complementan entre sí y es su ejercicio, precisamente, el que demuestra los mejores resultados.

UNA VISIÓN DE CONJUNTO

En general, cuando se habla de museos, su historia y situación actual, se hace énfasis en los de arte, etnología o historia. Los demás apenas son mencionados "de pasada", como si fueran una derivación de los anteriores. Sin embargo, se afirma que desde la edad de piedra los hombres reunían objetos obtenidos de su entorno natural.

Una visión rápida nos lleva a los naturalistas de los siglos XVIII y XIX que dieron un impulso a estas instituciones —entre los que Charles Darwin ocupa un lugar especial—, donde los restos fósiles tuvieron una posición privilegiada ante la necesidad de los científicos de la época de romper con el dogma bíblico del Génesis, apoyados en la filosofía racionalista, el empirismo y otras corrientes de pensamiento que surgían y se superponían, pero siempre desde una perspectiva científica. Esta posición continuó hasta la primera mitad del siglo XX y fue cambiando en la medida que la evolución de la museología como ciencia fue abriendo nuevas posibilidades de atención y participación del público. La museología de hoy o "nueva museología", como la llaman algunos, trasciende el enfoque original y se vuelca hacia la calle, hacia el público, hacia la comunidad y sus inquietudes.

LOS PROBLEMAS AMBIENTALES

Mientras predominaba una mentalidad triunfalista sobre el desarrollo alcanzado por el hombre y se defendía la sociedad del bienestar, se alzaban voces sobre los peligros que amenazan al planeta, voces que nadie quería oír porque significaban —y significan— "frenar el desenfreno" consumista que está agotando a la naturaleza. El libro *La primavera silenciosa* de Rachel Carson fue el detonante para despertar el interés de la opinión pública. Así comenzó la eclosión de la ecología y el análisis de los problemas ambientales como temas específicos de estudio.

En este contexto de urgencia vital, de cuestionamiento científico, ¿puede un museo de historia natural continuar simplemente exhibiendo fósiles o presentando "historias de dinosaurios"? ¿Su rol dentro de la sociedad no exige que tome una posición ante las posibles consecuencias de la vida contemporánea? En nuestro quehacer cotidiano hemos encontrado

posiciones divergentes: hay quienes opinan —con un concepto estrecho de la cultura, vista sólo como arte e historia— que la misión de estos museos es "cultural" y que, por lo tanto, deben limitarse a exponer la historia de la evolución. Otros se concentran en la función conservacionista, pero se enfocan en las especies en peligro de extinción. Y no faltan las visiones catastróficas.

Si la función última de las instituciones culturales es contribuir al conocimiento y disfrute de las personas, a su enriquecimiento espiritual y, por ende, al bienestar humano, ¿darles información, enseñarlos a preservar el medio en que viven, partiendo de la casa particular hasta llegar a la casa común, no es una forma de contribuir a este bienestar?

No es posible cerrar el caso con clichés; al contrario, queda abierto a un debate a partir de los planteamientos enunciados ❖

Bibliografía

- ARJONA, Martha, *Patrimonio cultural e identidad*, Letras Cubanas, La Habana, 1986.
- BURNS, M. J., "Tendencias actuales de los museos de historia natural en EU", en M. Bolaños (comp.), *La memoria del mundo. Cien años de museología 1900-2000*, TREA, España, 2002.
- GARCÍA GONZÁLEZ, A., *Historia del Museo de la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana*, Academia, Cuba, 1994.
- LINARES, José, *Museo, arquitectura y museografía*, Fondo de Desarrollo de la Cultura-Dirección de Patrimonio Cultural-Ministerio de Cultura, Cuba, 1994.
- M'BOW, A. Mathar, "La dimensión humana", *Correo* (Unesco), julio de 1982.
- O'BYRNE, Patrick y Claude Pecquet, "La programación, una herramienta que no envejece", *Museum* (Unesco), núm. 4, 1989.

* Vicedirectora cultural, MUSEO NACIONAL DE HISTORIA NATURAL DE CUBA
vdcultu@mnhnc.inf.cu